

Hacia Belén

Relato apto para todos los públicos

Cuando despertó, el camello seguía allí. Era noche de Reyes y no estaba donde debía, ni el animal ni ella, se entiende. La situación era complicada. Tenía cinco llamadas perdidas en el móvil, pero no podía devolverlas. No sabía cómo iba a explicar tantas cosas.

Se sentó en el suelo de paja y suspiró. Nunca había creído en la magia ni en los milagros navideños. Sin embargo, todo aquello desmontaba sus teorías. No entendía qué hacía allí aquel camello y se preguntaba dónde estaría a esas horas la pequeña Belén.

Unas horas antes, había salido corriendo tras la niña, pero pronto dejó de verla. Belén iba vestida de negro y la oscuridad le impidió seguirla por el bosque. ¿Qué pasó después? Imposible recordarlo. Le dolía demasiado la cabeza y era incapaz de poner orden en su memoria.

¿Y si tan solo era un sueño? “Sí, eso es, tan solo estoy soñando”, se dijo para sí mientras cerraba los ojos, tratando de calmarse.

Pasaron unos segundos mientras intentaba pensar con claridad y, de repente, sonó su teléfono. Descolgó y escuchó una voz grave e intermitente que le decía:

–Si quieres encontrar a la niña tendrás que encontrar el camino de vuelta a casa y mirar debajo del árbol...

Se cortó.

Seguía sin entender nada, estaba aún más confundida que antes si cabe. Pero el mensaje estaba claro: debía volver a casa cuanto antes, sin tiempo que perder, debía hacerlo por Belén.

Se acercó al camello, que dormía profundamente. Nunca le habían gustado mucho aquellos animales. De hecho, le daban miedo, pero si quería encontrar a la pequeña, no le quedaría otra opción que recurrir a él. Le dio unos suaves toques mientras le decía:

–Vamos, amigo, tienes que ayudarme. El camello se despertó y lentamente, se puso en posición para que ella pudiera apearse. Ella lo hizo rápidamente y, sin más dilación, emprendieron viaje.

No veía el momento de llegar a casa; tenía que encontrar a la niña lo antes posible, ya que en unas horas sus padres irían a buscarla. Les había prometido que la cuidaría mientras estaban fuera, pero ¿y si no conseguía encontrarla a tiempo, qué les iba a decir? ¿Cómo les iba a explicar lo que había pasado? Nadie en su sano juicio se creería una historia como esa.

Una especie de angustia se iba apoderando de ella a medida que se acercaba a la casa. Cada vez quedaba menos tiempo, y no paraba de preguntarse qué sería aquello que había debajo del árbol. Fuera lo que fuese, deseaba que realmente le diese una idea de dónde estaba la pequeña. Cuando por fin llegaron, dejó al camello en la entrada y corrió a abrir la puerta. En el interior de la vivienda reinaban una calma y un silencio absolutos. Sin detenerse un instante, se dirigió hacia el árbol y buscó entre los regalos decorativos que había junto a él.

Bajo el árbol encontró una caja con una brújula y una nota: “El Norte guarda la respuesta”. Afuera, el camello esperaba apaciguado, y sin dudar, siguió la dirección que marcaba la aguja hacia el bosque.

Entre la espesura, el sonido de pasos rompió el silencio. Siguiendo la brújula, llegó a un claro iluminado por una luz tenue que parecía venir de ninguna parte. Allí vio a Belén de pie, mirando hacia el cielo. Parecía calmada.

Entonces comprendió que el camello era solo una excusa, la misma que usaba siempre. Nada era real, tampoco mentira, solo eran recuerdos. Fantasmas de otras navidades, voces de otros tiempos que volvían a ella. Belén era ella misma, cada año, una vez más, buscando su hueco en aquel mundo que, con el paso de los años y la aspereza de la vida, había perdido el verdadero sentido de aquellos días, soñar. Soñar en algo mágico, diferente, que nos atrapa y nos hace ser parte de algo, de una familia, la nuestra, o de otra que nosotros mismos podemos llegar a encontrar. Belén, una vez más, suspiró, se fue con el camello a casa y, un año más, volvió a la cama ella sola, sin nadie. Pero sin perder la ilusión. Porque, con suerte, en un año, cuando despertase, el camello seguiría allí.